Autosacrificio

Antumbra

Capítulo 1

Autosacrificio

"El autosacrificio...", solía decirnos nuestro amado padre, "... es la mayor muestra de amor que puede darse. ¡No lo dudéis! ¡No hay mayor honor que ese!". Ni cómo contradecirle dado su férreo carácter. Jamás pudimos hablar sin previo permiso, y menos aún, poner en duda las decisiones del cabeza de familia. Sin embargo, aunque sabía que estábamos en quiebra, me preguntaba por qué mi hermano Ricardo tenía que casarse con una completa desconocida. ¿Por qué?

Mi padre me lo explicó a regañadientes: nuestro linaje, el de los Montenegro, fue dueño de media docena de viñedos a lo largo de La Rioja, España, por cuatro generaciones. O así era, hasta que se desató una devastadora plaga de filoxera, que pudre las plantas de vid desde la raíz, por lo que se perdieron cientos de hectáreas de cosechas —de hecho, la mayoría de nuestros viñedos tuvo que cerrar—. Sólo nos quedaron un par de terrenos funcionales, además de millones de euros en pérdidas.

Este casamiento, por tanto, era la única opción para obtener una alianza sólida con los Feraud —otra familia de tradición vinícola originaria del territorio francés que no había sido afectada por la plaga—, por lo que mi padre no escatimó en gastos para asegurarse el favor de sus nuevos aliados comerciales, los cuales estuvieron dispuestos a absorber nuestra marca, pero con una condición: participar del máximo juramento ante los ojos de Dios, comprometiéndonos a organizar una ceremonia tal que mereciera ser atesorada en el corazón de la única hija casadera de los Feraud, llamada Juliette. Ante semejante petición, tanto a mi hermano como a mí nos dio curiosidad, ¿Cómo una mujer de 25 primaveras no había sido desposada todavía? La duda estaba en el aire, pero no fue enunciada por temor a una reprimenda.

30 de junio. Ese fue el día que mi hermano recibió la encomienda, mientras cenábamos en el gran salón. Desde la cabecera, Don Diego Montenegro se puso de pie con su usual semblante ensombrecido, y con un discurso que denotaba elocuencia y frialdad, sentenció a Ricardo a abandonar su sueño de casarse por amor. Muy al contrario de lo que me esperaba, esa noche vi a mi hermano ponerse de pie con firmeza, mirar a mi padre con una sonrisa de cera y afirmar que estaba dispuesto a hacerlo. Mi madre, por su lado, no objetó —al menos de forma verbal, porque más tarde la oí sollozar en los jardines, siendo consolada por Silvia, una de sus damas de compañía—. Por supuesto, yo estuve de acuerdo —no tuve opción—. Y esa noche, todos nos retiramos en el entendido de que, antes que los sentimentalismos, tendríamos que anteponer las necesidades familiares. Aunque yo, en el fondo, deseé que la ceremonia fracasara, y encomendé mi alma al Señor, en busca de algún

milagro para librar a mi querido hermano de su destino.

Desgraciadamente, todos los arreglos fueron de maravilla, y llegó el 3 de agosto, la fecha acordada debido a las prisas; la ceremonia tuvo lugar en el extenso jardín de la mansión de mi familia, rodeado de frondosos encinos y esculturas de arbustos con forma de linces, liebres y toros que protegían del viento campestre las finas sillas blancas para los invitados, dejando un gran espacio entre los dos grupos de sillas para el pasillo que recorrería la novia hacia el altar hermosamente decorado con rosales blancos.

Sin embargo, debo admitir que, pese a la supuesta firmeza de mi postura, sí que me fue doloroso tener que presenciar la boda desde la primera fila, y supuse que a los demás también, dado que cuando la novia entró en escena acompañada de su padre y empezó la melódica sonata nupcial, todos apartamos la vista de la mujer hasta que ella quedó de espaldas al público; aquella mujer de treinta y dos años tenía rostro flácido, dientes amarillos cual semillas de mazorca, un cuerpo robusto que llevaba el tejido de su vestido a sus límites, ojos verdes tan hundidos como abismos, y una cara tan pálida como su vestido; un adefesio que explicaba por qué era la única de las cinco hijas del millonario Feraud que seguía soltera.

Aunque todas las miradas estaban clavadas en la novia, yo me fijaba más en mi hermano que, con rostro sudoroso, movía los labios sin emitir un sonido, como si para él de verdad tuviera algo de sentido mandar al carajo sus propios anhelos por cumplir los de alguien más, y yo tan sólo me decía que no importaban nuestros lujos, y rogaba porque él se diese cuenta de que no debía renunciar a su felicidad por alguien que sólo lo estaba utilizando.

Transcurrida una media hora de rezos que casi no se oyeron por las corrientes de aire, llegó el momento decisivo en que el cura le preguntó a mi hermano, Ricardo Montenegro Pineda, si aceptaba a Juliette Feraud como su esposa, y si prometía serle fiel en lo próspero y en lo adverso, en la salud y en la enfermedad, amarla y respetarla todos los días de su vida, a lo que mi hermano balbuceó, sin poder dar una respuesta concreta, cosa que no recrimino en absoluto, porque cualquier hombre habría dudado de decir que sí teniendo delante a semejante criatura.

Los invitados, al ver a mi hermano titubear, comenzaron a murmurar entre sí con evidente recelo, pero sobre todo, mi padre y Monsieur Feraud intercambiaron miradas nerviosas, mientras mi madre no hacía otra taparse la boca con ambas manos, cuidando que su angustia no se transformara en llanto.

De pronto, Ricardo soltó un pesado suspiro, se volvió hacia el público y, de entre todos, me buscó entre el gentío y me sonrió con ojos llorosos. Un

violento vuelco azotó mi pecho en ese breve instante que nuestras miradas se encontraron, y sin pensarlo, me puse de pie rápidamente y corrí hacia él, pero para entonces, mi hermano había sacado ya un viejo revólver del bolsillo de su pantalón de vestir, y se llevó la boca del cañón a la parte blanda del cuello, justo debajo del mentón.

Nuestro padre, con una mueca de cólera y miedo, alzó la voz por encima del alboroto que hicieron los invitados al ver el arma, preguntándole que qué demonios hacía, y con una firmeza digna de alguien que ya no temía a nada, Ricardo le dijo: "Sólo sigo el consejo que nos habeis dado, querido padre... me autosacrifico", para luego pegarse un tiro que le voló los sesos. Los trozos de su humedecido cuero cabelludo se regaron en el suelo, y su sangre salpicó todo el altar, el vestido de la novia, así como los rostros atónitos de todos los que estábamos en primera fila.

Pero, antes de que alguien pudiera entender lo sucedido, irrumpió en la ceremonia un mensajero en su corcel negro, dirigiéndose a todos con una voz alarmada, diciendo que Alemania le había declarado la guerra a Francia. De inmediato, los invitados se apresuraron a abandonar el lugar subiendo a sus carruajes entre ademanes, gritos de temor y maldiciones. Incluso la familia Feraud se retiró, con Mademoiselle Juliette hecha un mar de lágrimas siendo escoltada por un séquito de damas de compañía que la ayudaron a abandonar el recinto. Fue tan solo al ver el carruaje de los Feraud alejarse a toda prisa, que mi padre entendió que todos sus planes se habían venido abajo, tal y como lo había hecho el cuerpo de mi hermano, que yacía descansando bocarriba en el altar con una sonrisa en lo que le quedaba de rostro, y con el revólver caliente aún en su mano tiesa.

Mi madre, quien hasta ese momento se había mantenido callada y en silencio para no avergonzar a su esposo, saltó de su asiento y corrió hasta el altar. Sin importarle manchar su vestido cian con lodo sangriento, la noble mujer cayó de rodillas al lado del cuerpo y, posada de cuclillas, sostuvo los restos de Ricardo sobre su regazo, al tiempo que soltaba largos lamentos que hicieron mella en mi corazón, no tan solo por la pérdida que habíamos sufrido, sino porque algo me decía que el destino de mi hermano había sido de lo más pacífico, en comparación con lo que estaba por venir.